Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, Ciudad de México, México.
ISSN 2707-2207 / ISSN 2707-2215 (en línea), julio-agosto 2026,
Volumen 10, Número 4.

https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v10i4

DE LA AGRESIÓN Y LA VIOLENCIA A SISTEMAS DE INTERACCIÓN GENUINAMENTE SOCIALES. UNA LECTURA POR INTERFASES

FROM AGGRESSION AND VIOLENCE TO GENUINELY SOCIAL INTERACTION SYSTEMS: A READING THROUGH INTERFACES

Roberto Cordero Oropeza
Instituto Politécnico Nacional

Martha Cordero Oropeza
Instituto Nacional de Psiquiatría Juan Ramón de la Fuente Muníz

Alfredo Alejandro Montero Arciniega
Colegio de Bachilleres

DOI: https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v10i4.25935

De la Agresión y la violencia a Sistemas de Interacción Genuinamente Sociales. Una Lectura por Interfases

Roberto Cordero Oropeza[1]
rcorderoo@ipn.mx
https://orcid.org/0000-0003-3555-1622
Instituto Politécnico Nacional
México

Martha Cordero Oropeza
martha.cordero@imp.edu.mxcom
https://orcid.org/0000-0002-9644-64824
Instituto Nacional de Psiquiatría Juan Ramón de la Fuente Muníz
México

Alfredo Alejandro Montero Arciniega
alfredoalejandro.montero@bachilleres.edu.mx
https://orcid.org/0009-0001-8026-6727
Colegio de Bachilleres
México

RESUMEN

Este artículo formula una aproximación transductiva que articula el nivel neurobiológico, psicológico-cultural y ético para abordar el tema de la violencia, así como su potencial para construir contextos de interacción social basados en la aceptación recíproca. Sigue un método de razonamiento abductivo que integra hallazgos de neurociencia afectiva, psicología histórico-cultural, elementos explicativos de sistemas autoorganizados y principios de la ética material. Plantea que la distinción entre agresión y violencia radica en la suspensión intencional de motivos auxiliares culturalmente construidos; propone los conceptos de *violencia relacional* y *violencia sistémica* como un sistema autosustentado; y que la violencia sistémica tiene profundas raíces culturales. Se identificaron interfaces de transición entre los niveles orgánico, psicológico y cultural como base del constructo: Contexto de Interacción Genuinamente Social, sugiriendo los principios éticos de afirmación de la vida, consenso y factibilidad como guía para construirlos. Se discute sobre las implicaciones prácticas y necesidad de realizar investigaciones transdisciplinarias.

Palabras clave: interacción social, neurociencias, ética, violencia, agresión.

[1] Autor principal.
Correspondencia: rcorderoo@ipn.mx

From Aggression and Violence to Genuinely Social Interaction Systems: A Reading Through Interfaces

ABSTRACT

This article formulates a transductive approach that articulates the neurobiological, psychological-cultural, and ethical levels to address the issue of violence, as well as its potential to construct contexts of social interaction based on mutual acceptance. It follows an abductive reasoning method that integrates findings from affective neuroscience, cultural-historical psychology, explanatory elements of self-organizing systems, and principles of material ethics. It posits that the distinction between aggression and violence lies in the intentional suspension of culturally constructed auxiliary motives; it proposes the concepts of relational violence and systemic violence as a self-sustaining system; and that systemic violence has deep cultural roots. Transitional interfaces between the organic, psychological, and cultural levels were identified as the basis of the construct: Context of Genuinely Social Interaction, suggesting the ethical principles of life-affirmation, consensus, and feasibility as a guide for constructing them. The practical implications and the need for transdisciplinary research are discussed.

***Keywords*:** social interaction, neuroscience, ethics, violence, aggression.

Artículo recibido 20 julio 2026
Aceptado para publicación: 20 agosto 2026

INTRODUCCIÓN

Para pocos es ajena la experiencia del daño provocado por terceros, por sí mismos, por comisión u omisión, con diferente nivel de intensidad, duración, objetivos, medios o circunstancias, con consecuencias diferenciadas por género, grupo etario, étnico, entorno social, político y económico. Esto incumbe tanto a las personas, al verse afectada su salud por años o de por vida cuando el resultado no es fatal, como a las instituciones sociales como la familia o la escuela, además de aquellas encargadas de prevenir, contener y atender sus consecuencias.

Explicar o comprender el papel de la agresión y la violencia en el comportamiento humano, ha sido del interés de las neurociencias (NC) y las disciplinas antroposociales (DAS) desde hace tiempo, sin embargo, la cuestión siegue abierta.

De la Yuxtaposición a la Integración Transductiva

Aunque se cuenta con modelos causales y correlativos, incluso, apoyados en neuroimagen funcional entre las NC, y descripciones comprensivas robustas en las DAS, persiste una brecha en la comprensión de lo que ocurre en ese espacio liminal que les es consustancial. La investigación actual favorece una lectura yuxtapuesta de hallazgos (e.g. circuitos neurales frente a prácticas culturales) más que integración de mecanismos. Específicamente, carecemos de modelos que vinculen prácticas culturales específicas con correlatos neurofuncionales; cómo es que modificaciones neurales habilitan o constriñen la participación de las personas en ciertos patrones interaccionales; o cómo su institucionalización genera contextos no violentos con correlatos neurológicos específicos.

El trabajo propone superar esta brecha mediante un modelo de interfaces que articule niveles analíticos aparentemente inconmensurables, recurriendo a hallazgos de las NC, la psicología histórico-cultural, la aproximación interaccional-sistémica y la ética material. El modelo propuesto identifica puntos de *traducción* críticos donde fenómenos de cierta naturaleza y nivel de complejidad, son transformados cualitativamente para su incorporación funcional en niveles diferentes.

El escrito cuenta con cinco apartados, el primero aborda algunos modelos funcionales del sistema nervioso (SN) en relación con el comportamiento agresivo y violento. El segundo recurre al concepto de motivos auxiliares como herramientas socialmente construidas para el control de las respuestas reactivas del SN. El tercero discurre sobre interacciones recurrentes que configuran contextos de

interacción social. El cuarto trata los principios de la ética material como guía de la praxis profesional orientada a contextos interaccionales no violentos. El último reflexiona sobre sus implicaciones.

METODOLOGÍA

El presente es un ensayo de integración teórica que sigue un proceso de razonamiento analógico-abductivo (Haig, 2018; Timmermans & Tavory, 2012) para construir, más que un marco conceptual unificado, una hipótesis por analogía que articula hallazgos de diferentes disciplinas.

La estrategia seguida consistió en: a) Seleccionar diferentes aproximaciones y niveles analíticos sobre la violencia: neurobiológico, psicológico-cultural, sistémico-interaccional y ético-normativo. b) Identificar conceptos que permitieran transitar entre niveles. c) Postular relaciones plausibles, o interfaces, como hipótesis constitutiva de los contextos de interacción social tanto violentos como no violentos.

Para la indagación neurobiológica se priorizaron metaanálisis y revisiones sistemáticas de la literatura en Pub-Med y PsycINFO entre 2015 y 2024, combinando términos *como aggression, violence, neural circuits, affective neuroscience, emotional regulation*. Para los niveles analíticos restantes se recurrió a textos fundacionales de la psicología histórico-cultural de Vygotski; precursores de la terapia familiar sistémica como Bateson, desarrolladores como Maturana y Varela; y al trabajo sobre ética material de Dussel.

De redes neuronales reactivas a sistemas interaccionales no violentos

Sustrato neurobiológico

La violencia definida como

El uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones (Krug et al., 2003, p. 5);

establece la intencionalidad del acto y sus consecuencias como elementos necesarios para considerarlo violento. No obstante, es el correlato que va de la genética a la química orgánica, de la actividad neuroeléctrica a la neuroanatomía, de las estructuras cerebrales a su función y del sistema nervioso central al comportamiento, lo que constituye el interés de los modelos explicativos de las NC sobre la

violencia, concepto que con cierta frecuencia es gradado respecto de la agresión (Repple et al., 2017; Siever, 2008; Wang et al., 2024).

Panksepp & Zellner (2004) sostienen que la agresión es una expresión filogenética compartida por diferentes especies de mamíferos, que involucra la activación de circuitos neuronales complejos de estructuras subcorticales y corticales, que median y moderan la agresión depredadora y la furia defensiva, dos tipos de conducta agresiva donde la vía neuroquímica de recompensa juega un papel importante en su moderación, siendo el componente genético el encargado de codificar proteínas relacionadas con la función sináptica y metabólica de neurotransmisores, neuropéptidos y hormonas que participan en esta vía.

Sin embargo, sostener que la explicación neurobiológica da cuenta del comportamiento agresivo o violento en humanos sería aventurado; incluso ante las similitudes neuroquímicas y neurofisiológicas inter especie (Gómez et al., 2016; O'Rourke & Boeckx, 2020), y su correlato con la conducta agresiva: cautelosa depredadora (planificada-proactiva) o de furia defensiva (impulsiva-reactiva) (Bartholow, 2018).

Otro argumento es el cambio provocado epigenéticamente en el ADN, estos cambios duraderos pero que no alteran su secuencia, resultan de la exposición del organismo a experiencias vitales estresantes (Subia et al., 2025) en etapas críticas de maduración prenatal, infancia y adolescencia, modificando los procesos de síntesis de proteínas vinculadas con procesos madurativos del SN y neuroquímico (Chiocchetti et al., 2022), que eventualmente favorecerán la aparición de conductas maladaptativas como la agresión excesiva, la ira y la violencia impulsiva (Palumbo et al., 2018), activando procesos de realimentación positiva entre ambientes desfavorables y marcas epigenéticas.

Esto apoya la idea de que agresión y violencia constituyen un *continuum* (De Boer, 2018; Marsh, 2019) cuya diferencia es de intensidad, que en humanos trasgrede el comportamiento ritualizado, sin embargo, es difícil emplear esta demarcación para indicar cuándo un comportamiento es propiamente funcional (e.g. alimentación-sobrevivencia, apareamiento-reproducción, territorialidad-disuasión) y no instrumental.

Un desafío para los modelos integrativos en las NC ha sido la participación de las emociones y el pensamiento en el surgimiento, regulación o extinción del comportamiento violento, factores elusivos

para la investigación correlacional, habitual en modelos humanos con alteraciones anatomofuncionales; hasta la incorporación de sujetos sanos en estudios de imagenología funcional (Repple et al., 2017), que han evidenciado la existencia de redes neuronales que involucran estructuras corticales y subcorticales, reclutadoras de redes más extensas conocidas como de control cognitivo y cognitivo adaptativo (Repple et al., 2017; Wang et al., 2024; Wong et al., 2019).

Estos estudios abrieron la discusión sobre si alguna alteración específica en las redes impide la emisión de una respuesta adaptativa, cediendo el paso a la agresión intensificada o si existe, en sujetos sanos, una mayor susceptibilidad de las redes a la provocación emocional. En cualquier caso, fenómenos extremos como el terrorismo que con frecuencia es perpetrado por personas cuya estructura y funcionamiento cerebral son típicos, con capacidad para el control de impulsos y retardo en la obtención de gratificación del sistema de recompensa, escapan a la explicación puramente orgánica (Decety et al., 2018).

En este debate, la postura que sostiene la existencia del *continuum* agresión-violencia, mantenido por la superposición de redes neuronales asociadas al comportamiento agresivo y prosocial, acentuada en casos estudiados de terroristas con antecedentes de comportamiento violento, trastornos mentales previos a su militancia y volumen reducido en zonas donde éstas se extienden, sugiere la participación de procesos epigenéticos asociados a contextos de socialización adversos como mediadores o moderadores de tales alteraciones, que si bien podrían explicar la transición de estas personas hacia el terrorismo (Bogerts et al., 2018), no explica cómo es que más personas con historial de condiciones de desarrollo adversas no transiten hacia él.

Si bien estos avances extendieron las expectativas de aplicación práctica a campos alejados de las NC como el jurídico, donde pueden emplearse para determinar la punibilidad del comportamiento agresivo o violento (Eastman & Campbell, 2006), también abrieron la discusión sobre las acciones preventivas, legales y legislativas (incluso de *justicia terapéutica*) en casos extremos, por ejemplo en la reincidencia de violación, asesinato, sicariato o terrorismo, aunque esto sigue siendo polémico (Bogerts et al., 2018; Decety et al., 2018; Instituto Nacional de Ciencias Penales, 2023).

En todo caso, la cuestión de la intencionalidad para causar daño, que trasciende la respuesta natural refleja y estereotipada de la agresión depredadora, furia defensiva o intensificada; cuya desactivación o

moderación depende de la integridad de otras redes neuronales, parece ser la diferencia específica del acto violento.

Interfaz Psicológico-Cultural

Para continuar con la distinción entre agresión y violencia citemos a Vygotski (2000), para quien el acto volitivo está conformado por

dos procesos aislados: el primero, que corresponde a la decisión, consiste en el cierre de la nueva conexión cerebral y en la apertura del camino o en la creación de un especial mecanismo funcional. Al segundo proceso o proceso ejecutivo le corresponde el funcionamiento del aparato originado, la acción que se sigue a la instrucción, el cumplimiento de la decisión tomada.

El aparato creado por la decisión continúa su existencia independientemente sólo si existen motivos especiales que le apoyen. Cuando no existen… se desconecta automáticamente y esto ocurre porque en el momento de la decisión es decir, en el momento en que se forma ese aparato, ya están determinadas todas las diferenciadas condiciones de su existencia y actividad. Si continúa actuando (suele ocurrir en casos de anomalías) el aparato creado se nutre de otras fuentes de energía. (p. 294)

Así, la desconexión del proceso ejecutivo ocurre por la *satisfacción de la necesidad* y no por el *cumplimiento de un hábito automático inconsciente* o arco reflejo, es decir, por el uso efectivo de un estímulo que adquiere el significado de motivo auxiliar que define la pugna entre estímulos útiles para el autodominio del comportamiento (e.g. levantarse de la cama a la cuenta de tres y no en cuanto suena la alarma del despertador).

Esto hace pensar que si el proceso ejecutivo, digamos, emprenderla a golpes contra una persona no se ve interrumpido o desconectado por deficiencias orgánicas de las conexiones neuronales funcionales correspondientes, el acto caerá enteramente en el terreno de lo intencional, es decir, en la suspensión deliberada de los motivos auxiliares, por ejemplo, pensar en las consecuencias de tales acciones para la vida de los involucrados. En este sentido, podemos decir que el acto violento es un acto de incompetencia deliberada para actuar de modo socialmente aceptable en contextos cotidianos, es la suspensión momentánea de los motivos auxiliares que antes le resultaron útiles en situaciones semejantes.

Esto sugiere que a diferencia de los animales, los seres humanos creamos situaciones artificiales para direccionar nuestro proceder en escenarios que activan redes de respuesta reactiva, es decir, incorporamos desde muy temprano en el desarrollo de los niños, un abanico de recursos potencialmente útiles para inhibir deliberadamente la continuación de la respuesta reactiva (Vygotski, 2000); en otras palabras, para crear y activar redes neuronales complejas con traslapes que les permiten relevarse entre sí, lo que funciona generalmente bien, de lo contrario veríamos muchos más casos de respuestas agresivas letales sin antecedentes de alteraciones neuronales en el ejecutante, lo que puede ocurrir bajo situaciones extremas (el caso de Roxana Ruiz en México es ilustrativo).

Si aceptamos que estos motivos auxiliares contribuyen indirectamente a la creación y activación de redes neuronales inhibitorias, estamos frente a una demarcación entre agresión y violencia que no depende de la intensidad o consecuencias del comportamiento, sino de una interdependencia entre génesis y funcionalidad de estructuras orgánicas y prácticas culturales que construyen sujetos socialmente competentes. Cuanto más alejados de las situaciones de riesgo vital inminente nos encontremos, la intencionalidad de los actos cobrará mayor predominancia; es decir, el acto volitivo constituido por la decisión que crea las conexiones neuronales que posibilitan su propia existencia, y abre camino a nuevas conexiones de carácter ejecutivo para su cumplimiento, es un proceso performativo solo posible en el contexto de prácticas históricas y culturales que garantizan la viabilidad del propio organismo.

Lo anterior permite distinguir el acto agresivo del violento fundado en la comprensión de su génesis, o mejor aún, en la naturaleza de la interfaz entre sistema nervioso y tradición cultural con parámetros de respuesta socialmente aceptables, cuyo cumplimiento previo al acto violento deja patente su intencionalidad.

Configuración de Contextos

Si bien los modelos del funcionamiento del SN en redes evidencia el sustrato material de la actividad, además de reactiva volitiva, no parece suficiente para explicar cómo se autorregula para ejecutar respuestas socialmente aceptables. Sin embargo, es evidente que el desarrollo y maduración del SN, y del organismo en su totalidad, depende de encontrarse bajo un mínimo de condiciones imposibles de satisfacer fuera del contexto relacional en que ha surgido, y es gracias a la exposición recurrente del organismo a ciertas interacciones con organismos de su misma especie, que co-construirá abanicos de

respuestas aceptables para los contextos en que su existencia transcurrirá. Sabemos de la importancia que tiene para el ser humano la exposición a ciertos contextos en momentos críticos de su desarrollo, como ocurre con el lenguaje, para citar solo un ejemplo.

Ahora bien, a la estabilidad relativa de las interacciones a lo largo del tiempo (Bateson, 1993) la llamaremos contexto de interacción social (CIS) y a la re-creación o construcción de significados en tales contextos, socialización. El empleo del repertorio de significados de acuerdo con los diferentes CIS, se erige como el *ambiente natural* y dinámico en que organismo y tradición cultural se constituyen mutuamente.

Más aún, el modo de vida humano exige el desempeño competente en una gran variedad de contextos para ser viable, para ello las sociedades humanas instituyen formas complejas e intrincadas de interacción, que garantizan la reproducción tanto de sus miembros como de su propia continuidad histórica y cultural, esto implica que cada generación de seres humanos nunca comienza de cero, ni carece de significados compartidos que dan forma a trasfondos identitarios que van, al menos, del CIS llamado familia al CIS llamado Estado Nación.

El proceso de ajuste del comportamiento direccionado por reglas socialmente aceptadas, o socialización, es análogo al proceso de *biofeedback*, sólo que en lugar de una interfaz electrónica que informe al organismo de sus estados internos, la interfaz es la actividad humana que informa al organismo sobre su avance en el dominio de su respuesta refleja para alcanzar un desempeño socialmente competente. Este proceso de socialización, o de construcción del sujeto social, histórico y cultural, en nada se opone a los descubrimientos de las NC sobre el funcionamiento del SN, por el contrario, lo complementa.

Partamos entonces de que todo CIS está constituido por la participación recurrente de dos o más personas, o sistema interaccional (SI), en lugares y tiempos determinados; aunque el cambio de los espacios geográficos y temporales puede influir en el contexto no lo determinan, el contexto está determinado por la forma en que el agregado de partes interactuantes y mutuamente determinadas conserva su organización estructural e identidad a lo largo del tiempo (Maturana & Varela, 2004), a esto le llamaremos principio de autoconservación identitaria (PACI).

Pensemos en la participación simultánea de las personas en diferentes CIS; los de amistad o noviazgo, definidos por las formas particulares de interactuar a lo largo del tiempo y cuya continuidad cesa cuando

acontece una transformación radical de los significados imbricados en tales interacciones. Si bien estas interrupciones pueden acarrear cierta desorganización cognitiva, afectiva y comportamental, no imposibilitan involucrarse en nuevos SI; ni impiden la continuidad de otros CIS como el familiar, y menos aún, les hacen perder su organización e identidad como organismos vivos. En otras palabras, los seres humanos nos incorporamos y abandonamos simultáneamente diferentes SI y CIS, siempre que ello no atente contra el PACI.

La presencia de acciones o interacciones contrarias al PACI de un SI o CIS, no puede ser considerado un contexto de interacción genuinamente social (CIGS). Los CIGS son aquellos que propician la actuación socialmente competente de los integrantes del SI en circunstancias relativamente estables, mientras realizan la conservación organizativa de sí mismos, de la propia interacción, del CIS que surge de ello y de su legitimidad como genuinamente social.

¿Pero cómo se explica la existencia de actos que violan dicho principio en contextos que se esperaría fueran CIGS? Para responder debemos tener claro que tales CIGS son a la vez históricos y culturales; es decir, son circunstancias relativamente estables en la línea de sucesión generacional, cuyos integrantes crean y recrean significados compartidos que permiten su pervivencia.

Pongamos como ejemplo una *familia ideal*, ésta supone la preexistencia de un SI surgido en el encuentro de dos personas, cuya recurrencia permitió el surgimiento del CIGS llamado pareja, contexto de producción de significados compartidos que les permitió coincidir en la procreación de un descendiente, cuya simple expectativa desató una cascada de cambios en el significado de sí mismos, de sus afectos y de su propia organización como SI y CIS, acorde con aquellos significados heredados, generalmente incuestionados pero susceptibles de cambio con la incorporación de nuevos integrantes que los sucederán en la línea histórica y cultural de la que forman parte.

En el proceso de socialización del nuevo ser, los padres o el cuidador fungen como una interfase que codifica la actividad refleja del bebé, por ejemplo el llanto, como una manifestación de las necesidades del organismo al que atiende y aprende a anticipar mientras le habla, lo mira, lo toca; es decir, lo trata como miembro pleno de su cultura, y al poco tiempo de actuar de esta manera, el bebé es capaz de responder a su presencia evidenciando cierto control del movimiento de sus brazos, antes incoordinados, al extenderlos hacia su cuidador, dirigiendo su mirada o moderando la intensidad del llanto, lo que

completa un bucle de interacción simple que supone un proceso madurativo del SN encausado, pero no determinado, por las acciones del cuidador.

Esta forma de interacción recurrente posibilita una coordinación conductual creciente entre ellos, al punto de que el pequeño comenzará a responder a comandos verbales cada vez más complejos. En este punto, el niño se encuentra plenamente involucrado en la co-construcción de un espacio simbólico coherente con la tradición cultural históricamente heredada por sus padres, quienes le han provisto de herramientas prácticas concretas, aunque no necesariamente tangibles ni previamente determinadas como motivos auxiliares, para ajustar su comportamiento a las reglas socialmente aceptadas, según la variedad de contextos en que habrá de participar, mientras es constituido y constituye a otros en el fluir de sus interacciones.

Que la transmisión generacional de prácticas y significados, o modo de vida cultural, busque garantizar en primera instancia la subsistencia de sus participantes, no significa que todo sean interacciones de cuidado recíproco, por el contrario, abundan ejemplos de acciones opuestas e intensidad variada que pueden dar paso a SI de negación o mutua negación transitoria, en tanto la respuesta reactiva de la víctima es de enfrentamiento, evasión, o sumisión; que de hacerse recurrente conformará CIS plenamente violentos, a veces en escalada que puede comprometer la vida de los involucrados, incluso en el CIGS que por antonomasia es la familia.

Desde luego, el enfrentamiento puede tener un desenlace fatal incluso para el perpetrador, en tal caso estaríamos frente a un acto de agresión defensiva pero no necesariamente violento, en tanto la respuesta reactiva de la víctima cumple la función primaria de conservar su integridad como organismo vivo, igual que en las respuestas reactivas no letales.

Si bien los modos de vida cultural cumplen aceptablemente la función de conservar la organización identitaria de sus miembros, interacciones, contextos y del propio modo de vida cultural, muestra su falencia cuando ocurren actos deliberados de negación, incluso cuando deja de dispensarse el trato digno a las personas por el simple hecho de serlo. Como diría Dussel (2016), cuando “el rostro de un ser humano ante otro ser humano no aparece como *alguien* sino como *algo*” (p. 119); justamente lo opuesto a la aparición de un ser humano frente a otro sin mediación (el *cara-a-cara*), y que para Maturana (1991)

es *lo social*, “un espacio de convivencia que se da desde las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno” (p. 257).

Por supuesto, existen normas instituidas para sancionar hechos consumados de negación, sea que se trate de actos violentos transitorios o reiterados, incluso de agresiones defensivas, inscritas en el derecho penal para establecer su punibilidad; sin embargo, este tipo de reglas resultan insuficientes para prevenir el surgimiento de CIS violentos, y menos aún para generar y mantener relaciones de mutua aceptación, ideal al que toda sociedad humana aspira, al menos en aquellos contextos donde la reproducción orgánica y socialización de sus miembros ocurre de manera generalmente exitosa, de lo contrario no habría sociedad a cuál referirse.

Violencia Relacional y Sistémica

Las DAS han propuesto diferentes taxonomías sobre la violencia, éstas comprenden formas de interacción donde se atenta contra la integridad de *un otro* de manera deliberada, tal intencionalidad queda patente en la historia de interacciones de los ejecutores, puesto que ésta no comenzó con un acto de negación; es decir que a lo largo del desarrollo ontogenético de los perpetradores, ha quedado inscrita su capacidad para controlar la reactividad de sus respuestas, ajustándolas a reglas y dinámicas propias de las interacciones en contextos virtuales, sexuales, laborales, etc., en que han participado, apegados en los hechos al respeto de PACI.

Al menos hasta que alguno decide suspender momentáneamente el abanico de motivos auxiliares e intenta fundar una relación de negación con alguien más, o consigo mismo. A esto le llamaremos genéricamente *violencia relacional*, cuyas formas específicas, referidas en la tabla 1, pueden ser la violencia autoinfligida, interpersonal, directa, física, psicológica, verbal, sexual, económica, digital, e incluso la negligencia y ciertas formas de violencia colectiva, y es relacional en tanto ejecutor y destinatario, son personas plenamente identificables en la interacción, sea que los perpetradores hayan planeado o encontrado la manera ocasional (como evento) o recurrente (contextual) de llevarlo a cabo.

Tabla 1

Taxonomías de la violencia

Autor	Enfoque	Premisas	Tipo de violencia	Ejemplo	Contribuciones clave	Limitaciones
Johan Galtung (1969; 1990).	Sociopolítico	Cuando existe inequidad de posibilidades para realizar lo potencialmente posible de personas o poblaciones (injusticia social) existe la violencia Se emplean aspectos culturales para legitimar la violencia.	Personal (acontecimiento) Estructural (proceso) Cultural (constante)	Amenaza de privación de la vida. Diferencia en la esperanza de vida por clase social. Empleo de lenguas originarias como indicador de ciudadanía de segunda.	Introducción de la violencia estructural como desigualdad inherente al sistema. Emplea los tipos de violencia para proponer una estructura triangular autorreforzante.	Permanece disyuntiva de priorizar la ausencia de violencia personal (paz negativa) o estructural (paz positiva). La paz gandhiana como camino para construir un triángulo de paz autorreforzante sólo como intuición.
Pierre Bordieu (2000).	Sociocultural	El poder de los sistemas simbólicos (arte, religión, lenguaje) reside en la capacidad de imponer su discurso (principios de jerarquización), evidenciando su deuda con el capital específico (social, económico, cultural) que los encumbra, poniéndolos en la cima de la jerarquización	Simbólica	Exclusión de las mujeres en la jerarquía de la tradición judeocristiana.	Explica cómo la cultura reproduce desigualdades que son asumidas y reproducidas de manera consciente y no consciente entre personas y clases sociales.	Perspectiva de pugna constante en el terreno simbólico, la salida es la imposición de los principios de jerarquización de los movimientos sociales críticos pretendidamente más justos. Sin criterios para hacer juicios sobre lo justo de tales criterios.
Lori Heise (1998).	Género	Factores del desarrollo ontogenéticos o personalidad dan forma a la manera de responder al estrés micro y macrosistémico. Factores situacionales en entornos como el familiar (microsistema). Estructuras formales e informales que influyen, delimitan y determinan lo que sucede en el entorno (exosistema). Valores y creencias culturales que	Violencia basada en el género	Violación conyugal	Provee una herramienta heurística para la investigación sobre el conjunto particular de variables que probabilizan la aparición de la violencia basada en el género a nivel individual y comunitario, útil para diseñar programas de intervención y prevención.	Deja fuera del análisis de la violencia basada en género, lo que ocurre en el resto de las relaciones posibles perpetrador-victima (hombre-hombre, mujer-mujer y mujer-hombre).

Autor	Enfoque	Premisas	Tipo de violencia	Ejemplo	Contribuciones clave	Limitaciones
		articulan los tres factores de la ecología social (macrosistema)				
OPS (Krug et al., 2003)	Salud pública global	Factores biológicos y de la historia personal, relacionales, comunitarios y socioestructurales, conjugados configuran *pools* de factores de riesgo, o protectores, para la presencia del comportamiento violento (físico, sexual, psicológico o de privación o desatención.	Autodirigida Interpersonal (familia/pareja, comunidad). Colectiva (social, política, económica).	Autolesiones, comportamiento suicida. Amenaza a la privación de la vida, dentro y fuera de la familia Delincuencia organizada	Clasificación universal para políticas sanitarias y de prevención primaria (antes de que ocurra la violencia), secundaria (atención inmediata p.g. en servicios de urgencias), y terciaria (atención prolongada después de actos violentos	No profundiza en el efecto de la violencia estructural ni simbólica en la salud.
Iborra y Sanmartín (2011).	Multimodal	Aproximación relativa a: Tipo de acción Daño infligido Agresor Víctima Contexto	Negligencia Abuso sexual Terrorismo religioso Infantil Cultural.	Ablación genital parcial por razones religiosas	Agrega la negligencia en el cuidado de niños y adultos mayores en la familia	Violencia como un gradiente de la agresión, genera imprecisión en la definición de daño, maltrato y abuso
ONU Mujeres (Naciones Unidas, 2024).	Tecnovitual - Global	Cambios tecnológicos generan nuevos riesgos en el continuum mundo real-virtual, han abierto un foro irrestricto donde circulan y se reproducen masculinidades perjudiciales y normas sociales discriminatorias alimentando la violencia contra mujeres y niñas, potenciada por la IA generativa normalizando la proliferación en escalada del abuso basado en manipulación de imágenes fijas, audio y video	*Zoombombing* *Deepfackes* *Troleo* *Doxeo* *Astroturfing*	Intromisión en reuniones virtuales Abuso basado en imágenes, audio o video Publicar comentarios ofensivos en conversaciones Revelar información personal Discurso de odio misógino o generalizad Difundir información errónea, crear la falsa impresión de apoyo generalizado a una idea	Reconoce la violencia en línea como fenómeno global con implicaciones en derechos humanos	Falta de marcos legales consolidados en muchos países

Además de las formas específicas de violencia relacional, también se pueden destacar, en la misma tabla, aquellas donde generalmente el perpetrador no es único ni fácilmente identificable en el fluir de las interacciones persona a persona, porque el resultado del acto violento suele carecer de evidencia objetiva inmediata o porque su intencionalidad se torna indemostrable por esa vía, invisible a ojos del común de la gente y a veces incluso para las víctimas, como suele ocurrir con la violencia estructural, cultural, simbólica o colectiva sea económica, política o social en forma de crimen organizado o terrorismo.

Éstas operan como un proceso estructurado y mantenido por patrones de interacción que establecen regularidades en el comportamiento social (Luna, 2019), instrumentadas a través de la corporeización de reglas formales supra individuales, legal y jurídicamente instituidas, moralmente justificadas y de aplicación categórica, tal como ocurre en las instituciones laborales, jurídicas, comerciales, etc.; o informales, sólo justificadas moralmente y de aceptación relativa, generalmente definidas por afinidad de creencias religiosas o ideológicas (Segato, 2003).

Lo que resulta central al hablar de estas formas de violencia, es que la corporeización de tales reglas cristaliza relaciones jerárquicas entre las personas y los agentes institucionales en turno, relaciones a las cuales les es inherente alguna forma de negación del otro, sea en su integridad como organismo vivo o en la falta de dignidad en el trato.

En el ámbito laboral, por ejemplo, se acepta la subordinación del empleado al empleador durante un periodo de tiempo, en el que el trabajador restringe las posibilidades de su quehacer a labores específicas, claro, si quiere estar al abrigo de las reglas formalmente instituidas y recibir el estipendio *convenido*. Dicho de otro modo, se establece una relación jerárquica constante entre personas (SI: operario-supervisor, supervisor-gerente), mediada por el intercambio del salario por trabajo vivo (Dussel, 2014) que al extenderse en el tiempo, queda definido como un CIS alejado de lo que entendemos por CIGS, esto no significa que no deban existir, sino que pueden ser *más humanizados*.

Para mayor claridad, si dicho estipendio es insuficiente para cubrir las necesidades del trabajador, estará aconteciendo el proceso de violencia estructural en tanto existen leyes (injustas) que lo permiten; económica, porque se niega el acceso a los bienes que permitan la reproducción material de su propia vida o la de sus dependientes; y cultural, porque el desequilibrio del reparto de la ganancia se asume como de orden natural y no como resultado de un acuerdo social. Más aún, cuando la ganancia crece al

crecer el número de trabajadores puestos a competir entre sí, haciéndolos aparecer como empleados ejemplares ante sí mismos y sus pares.

En estas formas de violencia la intención de provocar daño se diluye entre los actores, quizá porque es en el nivel psicológico de las víctimas donde las *altas probabilidades de causar daño* se materializan, con presencia de angustia, percepción devaluada de sí mismos, dificultad o imposibilidad de desplegar las potencialidades propias y de los suyos, mientras los victimarios son maquinarias institucionales abstractas operadas por personas en condiciones semejantes.

A esta situación tributaria del empobrecimiento sustantivo (Gaertner, 1993; Sen, 1983) que pasa fácilmente desapercibido para las víctimas (Bordieu, 2000), mientras se produce y reproduce un marco legal y discursivo hegemónico de reglas de jerarquización para la reproducción de un orden social determinado (Galtung, 1990), la llamaremos *violencia sistémica*.

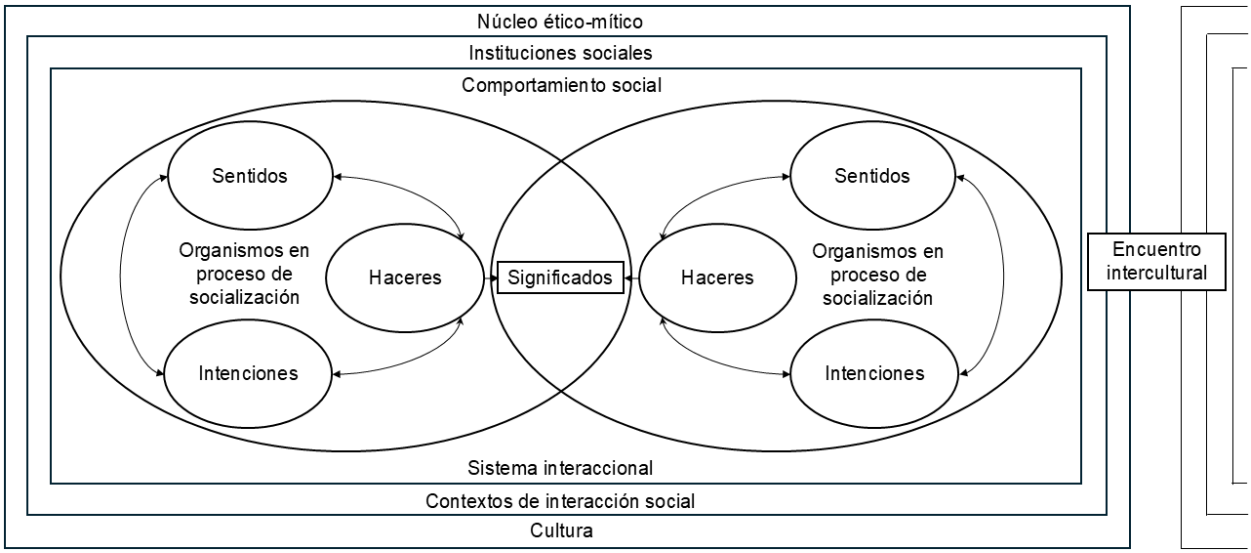
Hacia una Cultura de Paz

Ubicada entre el comportamiento social y la cultura, se encuentran las instituciones sociales encargadas de direccionar su comportamiento, mediante la traducción de relatos racionales basados en símbolos; o núcleo ético-mítico cultivado por cada cultura a lo largo de su historia, a normas socialmente instituidas (Dussel, 2016). Discernir dicha traducción es análogo a las descripciones de un observador que intentando ampliar la comprensión de su lugar en el mundo, consigue percibir las relaciones de interdependencia y simbiosis inter-especies con el medio, o nichos ecológicos, donde la conservación de individuos y linajes es más propicia, contribuyendo así a la reproductibilidad de la vida en una constante deriva ecológica.

Desentrañar el núcleo ético-mítico de una cultura equivaldría a exponer los mecanismos autocorrectivos de su *ecología institucional*, indispensable para reproducir las condiciones materiales, simbólicas, económicas, organizativas, que le dieron origen; es decir, para crear su propio *nicho socioambiental*, mientras hace frente a los desafíos que el éxito de su propia preservación genera. Así, entendemos por cultura a la totalidad de instituciones sociales, o CIS, encarnadas por personas en interacciones recurrentes, mediadas por el intercambio y ajuste de significados. Proceso representado en la figura 1.

Figura 1

Proceso de estructuración de la cultura



Para ejemplificar el papel del mito en la cultura, citemos el progreso económico de las naciones medido por su producto interno bruto (PIB), o del progreso personal determinado por el poder adquisitivo; la traducción de las premisas de racionalidad a normas de comportamiento social, formales e informales, tiene efectos concretos en la vida de las personas, pensar en el significado suicida de incrementar incesantemente los PIB en un mundo con recursos finitos, o en la ruina moral de recurrir a cualquier medio para ascender en la pirámide social, pone en perspectiva la importancia de repensar el sustrato ético-mítico de la cultura (Exline et al., 2026).

La apropiación de la herencia cultural que comienza con el proceso de socialización, implica la configuración y reconfiguración de la subjetividad (González, 2002) de cada nuevo ser y la de sus cuidadores primarios; es decir, la forma en que el hacer (contar historias, pensar, tender la mano, imaginar, cuidar a un enfermo, etc.), el significado (la razón, el fin último del hacer) y la intención (el lugar emotivo desde donde se efectúa el hacer en relación con el fin último) se van articulando como un todo singular e irrepetible, esa manera única en que cada cual está en el mundo, mientras el encuentro intersubjetivo ocurre como intercambio, producción y ajuste de significados culturales.

Intentar descripciones comprensivas de interacciones o contextos violentos (relacionales o sistémicos) para su transformación, o para construir espacios de aceptación recíproca en los niveles interpersonal, grupal, colectivo o comunitario, es un trabajo complejo con alto riesgo de reproducir acciones, interacciones, discursos, principios de jerarquización, de negación unidireccional o mutua, entre los

participantes; incluso en la forma de aproximarse de los científicos sociales al fenómeno, en tanto comparten los mismos preceptos histórico-culturales y por ende ético-míticos que lo originaron. Cuidar de esta condición autorreferencial, exige hacerse consciente de los propios puntos ciegos sabiendo que no se puede ser del todo exitoso en cada intento, un resguardo posible es explicitar el *locus de enunciación*, el lugar teórico-político desde el que el científico formula las descripciones que fundamentan su praxis (Mignolo, 1995).

Los científicos sociales interesados en construir encuentros intersubjetivos que desafíen el comportamiento social violento, como un esfuerzo sistemático para fundar CIGS, antes que ocuparse de taxonomías, intensidad, causas o consecuencias de la violencia, podrían emplear los principios básicos de la ética material de Dussel (2016) como puntos cardinales para situar tal esfuerzo.

El primero, de carácter universal, sostiene que "el contenido final de todo acto es la afirmación de la vida humana" (p.58), mientras tales actos garanticen las condiciones materiales para la preservación de la vida misma en el planeta, en este sentido, Dussel afirma que la vida no puede tener valor en sí misma (de uso, intercambio, económico, etc.) sino que posee dignidad. Cualquier acto o institución que interrumpa la reproductibilidad de la vida o su dignidad no puede ser bueno o justo, aun cuando puedan ser moralmente justificables serán éticamente cuestionables.

El segundo se refiere a la validez por consenso comunitario alcanzado por la participación simétrica de los interesados; vuelto norma instituida al ser asumido voluntariamente desde la racionalidad argumentativa, y por no atentar contra la vida o dignidad de los involucrados, ni en la forma de lograrlo ni en su contenido. Dussel (2016) sostiene que puede tenerse una normatividad legítimamente válida, aunque no se encuentre inscrita en algún marco legal específico; una normatividad legalizada sin estar legitimada; o idealmente, un marco normativo legalmente instituido y legitimado por el consenso de los afectados. Para el científico social esto equivaldría a la participación del *objeto de conocimiento* en la definición, dirección y resolución de lo que le aqueja.

El tercero corresponde a la factibilidad, referido a los actos empíricamente posibles, situados más acá de la imposibilidad idealista y más allá del conservadurismo de prácticas previamente instituidas, susceptibles de corrección por la crítica y participación de los interesados conscientes de la falibilidad de los actos humanos (Dussel, 2016). Así, el trabajo de los profesionales que afirma la vida de los

afectados, consensado en el seno de la comunidad y susceptible de contraste fáctico, representaría la congruencia mínima para hablar de una ética material asumida.

La tabla 2 muestra el modelo de cuatro niveles analíticos articulados mediante interfases que sugieren un modo de pensar la construcción de CIGS.

Tabla 2
Modelo de transducción multinivel para la construcción

Nivel	Procesos clave		Interfase de transducción
Neurobiológico	Redes de agresión reactiva Epigenética del estrés Control cognitivo adaptativo	↔	Motivos auxiliares
	↓		
Psicológico-Cultural	Socialización primaria Autocontrol volitivo Configuración subjetiva	↔	Patrones de interacción
	↓		
Sistémico-Interaccional	Sistemas Interaccionales violentos (relacionales o sistémicos) Contexto de interacciones genuinamente sociales Conservación de la autoorganización identitaria Producción y reproducción de significados	↔	Principios de la ética material
	↓		
Ético-Normativo	Afirmación de la vida Validez por consenso Factibilidad empírica	↔	Re-interpretación del núcleo ético-mítico

DISCUSIÓN Y CONCLUISONES

Esta aproximación a la violencia, usualmente entendida como fenómeno multicausal y multinivel, clasificada según la forma, situación, entorno de ejecución, perpetrador o víctima, propone un acercamiento sucesivo entre niveles de materialización articulados por interfases que facilitan su existencia, que va de la materialidad orgánica a categorías socioculturales abstractas; sugiriendo que la violencia relacional y sistémica se sostienen mutuamente, que la violencia sistémica guarda relación con la interpretación que cada cultura hace de su tradición ética-mítica (Dussel, 2016; Exline et al., 2026), e incluso que dicha interpretación puede prefigurar la manera de encontrase entre las culturas (Landry et al., 2026).

Esta manera de pensar la violencia, también es aplicable a fenómenos diametralmente opuestos como la convivencia basada en el reconocimiento mutuo o la resolución pacífica de conflictos, con implicaciones prácticas y éticas para los profesionales interesados en abordarlos; incluso para las instituciones en su

pretensión de incorporar a las personas en el cuidado de su propia salud mental (OMS, 2022), o de la salud pública (OPS, 2002).

Naturalmente surgen preguntas sobre el funcionamiento de las interfaces, por ejemplo: cómo es que los motivos auxiliares median o moderan la activación de estructuras como la amígdala; cómo es que ciertas prácticas sociales participan en la conformación de conexiones neurofuncionales sostenidas; o cómo es que las redes neuronales habilitan o constriñen la aparición de patrones de interacción violentos o no violentos; preguntas que desafían las reticencias de las NC por el contexto social, y de las DAS por el sustrato material del comportamiento, e invitan al diálogo interdisciplinar para desarrollar investigaciones y análisis más robustos y apropiados para abordar temas tan complejos.

Otras preguntas apuntan a cómo los complejos subjetivos presentes en interacciones de reconocimiento mutuo pueden extenderse a CIS de negación; o si el cuestionamiento del discurso simbólico de negación y la producción deliberada de significados alternos, pueden favorecer cambios en el comportamiento social violento, inquietudes habituales en contextos psicoterapéuticos individuales (Yim et al., 2024), de pareja (Carr, 2025) o familiares (Turhan et al., 2025), incluso comunitarios (Abramsky et al., 2016; Ziminski et al., 2025) abordados desde perspectivas integrativas (Robjant et al., 2022).

Esto exige aproximaciones metodológicas inter y transdisciplinarias para construir observables empíricos (Amozorrutia, 2011), cuya materialidad podría incorporar mediciones objetivas de indicadores biológicos; observables que den cuenta de la configuración del complejo subjetivo singular en contextos relacionales grupales, colectivos o comunitarios; incluso observables construidos en la confluencia de diferentes DAS como la historia, la economía, la ciencia política o la sociología, habituales en descripciones comprensivas de contextos de violencia sistémica.

Tentativamente, a la atención individualizada de la violencia en el campo psicoterapéutico, podría corresponderle el diseño de intervenciones psicosociales centradas en procesos dialógicos que prioricen la construcción de herramientas socioculturales, favorecedoras de complejos subjetivos asociados a la aceptación recíproca, cuyas redes neuronales correlativas continúan siendo otra incógnita (Chen et al., 2018).

Finalmente, que los profesionales incorporen a los afectados en la toma de decisiones que implique la afirmación de sus propias vidas a través del consenso, representa una postura ético-política inusual en

las NC y las DAS; que podría resultar útil, incluso, para abordar escenarios interaccionales virtuales emergentes (Silver & Kaati, 2026). Más aún, incorporar a los afectados a la discusión de los resultados alcanzados, corroborables en la vida cotidiana de individuos, grupos, colectivos o comunidades en un horizonte temporal y espacial determinados, actuaría como mecanismo autocorrectivo del funcionamiento institucional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abramsky, T., Devries, K. M., Michau, L., Nakuti, J., Musuya, T., Kiss, L., Kyegombe, N., & Watts, C. (2016). Ecological pathways to prevention: How does the SASA! community mobilisation model work to prevent physical intimate partner violence against women? *BMC Public Health*, *16*, 339. https://doi.org/10.1186/s12889-016-3018-9

Amozorrutia, J. (2011). *Complejidad y ciencias sociales.* UNAM-CEIICH.

Bateson, G. (1993). *Espíritu y naturaleza*. Amorrortu.

Bogerts, B., Schöne, M., & Breitschuh, S. (2018). Brain alterations potentially associated with aggression and terrorism. *CNS Spectrums*, *23*(2), 129–140. https://doi.org/10.1017/S1092852917000463

Bordieu, P. (2000). Sobre el poder simbólico. En *Intelectuales, política y poder* (pp. 65–73). Eudeba.

Carr, A. (2025). Couple therapy and systemic interventions for adult-focused problems: The evidence base. *Journal of Family Therapy*, *47*(1), e12481. https://doi.org/10.1111/1467-6427.12481

Chen, T., Becker, B., Camilleri, J., Wang, L., Yu, S., Eickhoff, S. B., & Feng, C. (2018). A domain-general brain network underlying emotional and cognitive interference processing: Evidence from coordinate-based and functional connectivity meta-analyses. *Brain Structure & Function*, *223*(8), 3813–3840. https://doi.org/10.1007/s00429-018-1727-9

Chiocchetti, A. G., Yousaf, A., Waltes, R., Bernhard, A., Martinelli, A., Ackermann, K., Haslinger, D., Rotter, B., Krezdorn, N., Konrad, K., Kohls, G., Vetro, A., Hervas, A., Fernández-Rivas, A., & Freitag, C. M. (2022). The methylome in females with adolescent Conduct Disorder: Neural pathomechanisms and environmental risk factors. *PloS One*, *17*(1), e0261691. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0261691

De Boer, S. F. (2018). Animal models of excessive aggression: Implications for human aggression and violence. *Current Opinion in Psychology*, *19*, 81–87. https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2017.04.006

Decety, J., Pape, R., & Workman, C. I. (2018). A multilevel social neuroscience perspective on radicalization and terrorism. *Social Neuroscience*, *13*(5), 511–529. https://doi.org/10.1080/17470919.2017.1400462

Dussel, E. (2014). *16 tesisi de economía política: Interpretación filosófica*. Siglo XXI.

Dussel, E. (2016). *14 tesis de ética*. Trotta.

Eastman, N., & Campbell, C. (2006). Neuroscience and legal determination of criminal responsibility. *Nature Reviews. Neuroscience*, *7*(4), 311–318. https://doi.org/10.1038/nrn1887

Exline, J. J., Wilt, J. A., Schutt, W. A., Moffitt, A. C., & Pargament, K. I. (2026). The cosmic battle: Belief in a warrior god, a powerful devil, and a serious threat of hell relates to QAnon beliefs, generic conspiracist beliefs, and seeing political opponents as evil. *Psychology of Religion and Spirituality*. https://doi.org/10.1037/rel0000611

Gaertner, W. (1993). Amartya Sen: Capability and Well-Being. En M. Nussbaum & A. Sen (Eds.), *The Quality of Life* (p. 0). Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/0198287976.003.0005

Galtung, J. (1969). Violence, Peace, and Peace Research. *Journal of Peace Research*, *6*(3), 167–191.

Galtung, J. (1990). Cultural Violence. *Journal of Peace Research*, *27*(3), 291–305. https://doi.org/10.1177/0022343390027003005

Gómez, J. M., Verdú, M., González-Megías, A., & Méndez, M. (2016). The phylogenetic roots of human lethal violence. *Nature*, *538*(7624), 233–237. https://doi.org/10.1038/nature19758

González, R. F. (2002). *Sujeto y subjetividad. Una aproximación histórico cultural*. Thomson.

Haig, B. D. (2018). An Abductive Theory of Scientific Method. En B. D. Haig (Ed.), *Method Matters in Psychology: Essays in Applied Philosophy of Science* (pp. 35–64). Springer International Publishing. https://doi.org/10.1007/978-3-030-01051-5_3

Heise, L. (1998). Violence Against Women: An Integrated, Ecological Framework. *Violence Against Women*, *4*(3), 262–290. https://doi.org/10.1177/1077801298004003002

Iborra, I., & Sanmartín, J. (2011). ¿Cómo clasificar la violencia?: La taxonomía según Sanmartín. *Criminología y Justicia*, (1), 22–31.

Instituto Nacional de Ciencias Penales. (2023). *#MesaDeAnálisis. Neuropsicología forense y sistema de justicia penal* [Archivo de video]. https://www.facebook.com/INACIPEOFICIAL/videos/1506159696805912

Krug, E., Dahlberg, L., Mercy, J., Zwi, A., Lozano, R., & Organización Panamericana de la Salud. (2003). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Pan American Health Organization. https://iris.paho.org/handle/10665.2/725

Landry, A. P., Ghezae, I., Abou-Ismail, R., Spooner, S., August, R. J., Mair, C., Ragnhildstveit, A., Van den Noortgate, W., Gelfand, M. J., & Seli, P. (2026). The uniquely powerful impact of explicit, blatant dehumanization on support for intergroup violence. *Journal of Personality and Social Psychology*, *130*(6), 1147–1166. https://doi.org/10.1037/pspi0000492

Luna, C. E. (2019). Cinco premisas sociológicas sobre la violencia. *Sociológica México*, (97), Article 97. https://sociologicamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/1553

Marsh, A. A. (2019). The Caring Continuum: Evolved Hormonal and Proximal Mechanisms Explain Prosocial and Antisocial Extremes. *Annual Review of Psychology*, *70*, 347–371. https://doi.org/10.1146/annurev-psych-010418-103010

Maturana, H. (1991). *El sentido de lo humano*. JC Sáez Editor.

Maturana, H., & Varela, F. (2004). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: La organización de lo vivo*. Editorial Universitaria. Lumen.

Mignolo, W. D. (1995). La razón postcolonial: Herencias coloniales y teorías postcoloniales. *Revista Chilena de Literatura*, (47). https://revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/39564

Naciones Unidas. (2024). *Violencia Digital contra las mujeres y las niñas*. https://mexico.unwomen.org/es/digital-library/publications/2023/03/violencia-digital-contra-las-mujeres-y-las-ninas

OMS. (2022). *Informe Mundial Sobre Salud Mental: Transformar la Salud Mental para Todos. Panorama General*. World Health Organization.

https://iris.who.int/server/api/core/bitstreams/c6877de8-6454-4100-ba24-4316142290f1/content

ONU Mujeres (Ed.). (2019). *El progreso de las mujeres 2019-2020. Familias en un mundo cambiante*. UN Women. https://www.unwomen.org/es/digital-library/publications/2019/06/progress-of-the-worlds-women-2019-2020

OPS. (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la lsalud: Resumen*. Organización Mundial de la Salud. https://iris.who.int/server/api/core/bitstreams/5cddf448-4663-470a-9f57-6c9eebdc8f0c/content

O'Rourke, T., & Boeckx, C. (2020). Glutamate receptors in domestication and modern human evolution. *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*, *108*, 341–357. https://doi.org/10.1016/j.neubiorev.2019.10.004

Palumbo, S., Mariotti, V., Iofrida, C., Pellegrini, S., & OPS. (2018). Genes and Aggressive Behavior: Epigenetic Mechanisms Underlying Individual Susceptibility to Aversive Environments. *Frontiers in Behavioral Neuroscience*, *12*, 117. https://doi.org/10.3389/fnbeh.2018.00117

Panksepp, J., & Zellner, M. (2004). Towards a neurobiologically based unified theory of aggression. *Revue internationale de psychologie sociale*, *17*(2), 37–61.

Repple, J., Pawliczek, C. M., Voss, B., Siegel, S., Schneider, F., Kohn, N., & Habel, U. (2017). From provocation to aggression: The neural network. *BMC Neuroscience*, *18*(1), 73. https://doi.org/10.1186/s12868-017-0390-z

Robjant, K., Schmitt, S., Carleial, S., Elbert, T., Abreu, L., Chibashimba, A., Hinkel, H., Hoeffler, A., Rukundo Zeller, A. C., Rockstroh, B., & Koebach, A. (2022). NETfacts: An integrated intervention at the individual and collective level to treat communities affected by organized violence. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, *119*(44), e2204698119. https://doi.org/10.1073/pnas.2204698119

Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Universidad Nacional de Quilmes.

Sen, A. (1983). Poor, relatively speaking. *Oxford Economic Papers*, *35*(2), 153–169. https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.oep.a041587

Siever, L. (2008). Neurobiology of Aggression and Violence. *American Journal of Psychiatry*, *165*(4), 429–442. https://doi.org/10.1176/appi.ajp.2008.07111774

Silver, J., & Kaati, L. (2026). Assessing communication in high-threat digital environments. *Journal of Threat Assessment and Management*. https://doi.org/10.1037/tam0000278

Subia, J., Muhammad, L., Nasrollah, M., & Motahareh, H. (2025). Early life stress and brain development: Neurobiological and behavioral effects of chronic stress. En *Progress in Brain Research* (Vol. 291, pp. 49–79). Elsevier. https://doi.org/10.1016/bs.pbr.2025.01.004

Timmermans, S., & Tavory, I. (2012). Theory Construction in Qualitative Research. *Sage Journals*. (Sage CA: Los Angeles, CA). https://doi.org/10.1177/0735275112457914

Turhan, Z., Genç, E., Bulut, S., & Demir, M. C. (2025). Development and evaluation of a group-based healthy and respectful relationship program for male perpetrators of domestic violence in Türkiye. *International Journal of Systemic Therapy*, *36*(2), 186–215. https://doi.org/10.1080/2692398X.2024.2435712

Vygotski, L. S. (2000). Dominio de la propia conducta. En *A. Alvarez y P. Del Río (Eds.), Obras escogidas III* (pp. 285–302). Visor Dis.

Wang, L., Li, T., Gu, R., & Feng, C. (2024). Large-scale meta-analyses and network analyses of neural substrates underlying human escalated aggression. *NeuroImage*, *299*(120824). https://doi.org/10.1016/j.neuroimage.2024.120824

Wong, T. Y., Sid, A., Wensing, T., Eickhoff, S. B., Habel, U., Gur, R. C., & Nickl-Jockschat, T. (2019). Neural networks of aggression: ALE meta-analyses on trait and elicited aggression. *Brain Structure and Function*, *224*(1), 133–148. https://doi.org/10.1007/s00429-018-1765-3

Yim, S. H., Lorenz, H., & Salkovskis, P. (2024). The Effectiveness and Feasibility of Psychological Interventions for Populations Under Ongoing Threat: A Systematic Review. *Trauma, Violence, & Abuse*, *25*(1), 577–592. https://doi.org/10.1177/15248380231156198

Ziminski, D., Schleimer, J. P., & Girma, M. (2025). Identifying Community Violence Intervention (CVI) Approaches: A Grey Literature Scoping Review. *Inquiry: A Journal of Medical Care Organization, Provision and Financing*, *62*, 00469580251368725. https://doi.org/10.1177/00469580251368725